

Habana y el Observatorio del Colegio de Belén. En la creación de ambos concluyeron diversos intereses, de varios tipos, que son perfectamente explicados por el autor. A ello añade, que la meteorología en Cuba tuvo desde el comienzo una dimensión doble, militar y comercial. Los miembros del Ejército colaboraron de forma activa con los jesuitas en el sostenimiento del servicio de producción ciclónica. La dimensión comercial de la meteorología cubana estaba compuesta por diversas compañías de seguros, cables y representantes de varios países. Todos ellos facilitaron la comunicación y la financiación de la red de observadores que existió en el Observatorio del Colegio de Belén. Es decir, una situación nada diferente a las anteriores vividas tanto en Filipinas como en Cuba, conjunciones de intereses de diversa tipología en todos los procesos que, en el caso cubano, tenía el “impedimento” de depender de la metrópoli española pese a la proximidad de los Estados Unidos.

Benito Viñes Martorell, el jesuita tarraconense que llegó a Cuba en 1870 y fue director del Observatorio del Colegio de Belén, en La Habana, desde ese mismo año es el protagonista de las últimas páginas de este libro. La labor de este jesuita en Cuba fue fundamental debido a su empeño en estudiar y en predecir los habituales huracanes que azotaban en esa época la isla.

Una última reflexión del autor sobre el verdadero objetivo de este libro: conocer lo sucedido en dos lugares distantes entre sí pero unidos por pertenecer ambos al gobierno de España. La Meteorología fue, ante todo, una ciencia de prevención ya que en el sentido técnico trató de conocer la predictibilidad de los fenómenos naturales. En el sentido social, simbolizó la acción positiva en seguridad de la población.

En definitiva, a lo largo de las líneas precedentes se han ido desgranando algunas de las características de esta obra. Se trata de un texto perfectamente construido y documentado que tiene el sello inconfundible de los anteriores trabajos del autor. Es altamente recomendable para todos aquellos interesados en la historia de lo sucedido en los últimos años de las tres colonias españolas en el siglo XIX.

Begoña Villanueva García
bego.villanueva@gmail.com

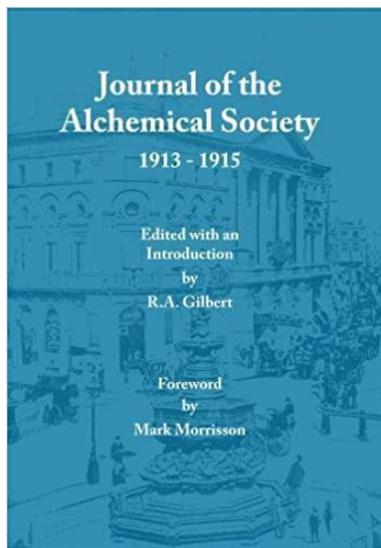
The Journal of the Alchemical Society 1913-1915

R. A. GILBERT (Ed.)

Bristol, Imagier Publishing, 2017, X + 523 pp.

ISBN: 978-1-910216-24-8, PVP: £ 27. 50

En el mes de noviembre de 1912 se constituyó en Londres la Alchemical Society (Sociedad Alquímica), cuyo propósito era “el estudio de los trabajos y teorías de los alquimistas en todos sus aspectos, filosóficos, históricos y científicos, y de todos los asuntos relacionados con ellos”. El impulsor del proyecto y presidente de la sociedad era un joven químico licenciado en 1907



por la Universidad de Londres, Herbert Stanley Redgrove (1887-1943), entonces profesor de matemáticas en una escuela politécnica y en otra de secundaria. Un año antes había publicado el libro *Alchemy: Ancient and Modern*, que fue bien acogido por la crítica. En el prefacio de su obra se lamenta de que “la mayoría de los trabajos que tratan sobre Alquimia adoptan un punto de vista parcial. Los químicos generalmente toman una visión puramente física del tema, y en lugar de intentar comprender su lenguaje místico, a menudo (no digo siempre) prefieren calificarlo de sinsentido y al alquimista como un loco. Por otra parte, los místicos, en muchos casos, adoptan una visión puramente trascendental del tema, olvidando el hecho de que los alquimistas estuvieron, en su mayor parte, ocupados en operaciones de naturaleza física.” Frente a ello, mantiene que para comprender adecuadamente la alquimia, es “esencial una síntesis

de ambos puntos de vista”, y se considera a sí mismo capacitado para llevarla a cabo, “siendo un humilde estudiante tanto de la Química como de lo que puede generalizarse bajo los términos de Misticismo y Trascendentalismo.” Es el intento de materializar esa síntesis lo que le llevó a la fundación de la Alchemical Society como un foro de discusión y debate sincero entre ambas corrientes de pensamiento, en un momento histórico especialmente propicio para llevarla a cabo.

En efecto, el nacimiento de la Alchemical Society solo puede entenderse en el contexto más amplio de la cultura de la época, y en particular bajo la influencia de dos factores determinantes ya apuntados por Redgrove en la definición de sus intereses. El primero de ellos tiene que ver con las Ciencias Naturales, y en particular con los descubrimientos realizados a partir de las últimas décadas del siglo XIX sobre la estructura de la materia, y sobre todo de la radioactividad. El título del último capítulo del libro de Redgrove es “Modern alchemy”, y en él se hace eco de las publicaciones más recientes sobre el tema, en particular las de William Ramsay, que abrían la puerta no solo a reconocer la existencia de transmutaciones naturales, sino a la posibilidad de cambiar un elemento en otro mediante métodos artificiales. Esos estudios eran vistos como una confirmación de las teorías de los antiguos alquimistas, y supusieron, en cierta forma, una validación científica de las mismas. La ciencia moderna parecía tender puentes con la milenaria alquimia en su creencia de la existencia de una materia prima universal en continua evolución, de la que los denominados elementos químicos no serían sino manifestaciones concretas y eventualmente transitorias. Este asunto ha sido analizado con rigor y profundidad por Mark S. Morrisson, *Modern Alchemy. Occultism and the Emergence of Atomic Theory* (OUP, 2007).

El segundo factor lo constituye el renovado interés por el esoterismo que se produjo en paralelo con los descubrimientos científicos que se acaban de mencionar. Son el “Misticismo y Trascendentalismo” a los que alude Redgrove al describir sus intereses intelectuales. Esa corriente de pensamiento, enraizada en lo más profundo de la cultura occidental, resurgió con renovado vigor bajo la forma de diversas sociedades, unas de carácter abierto, otras secretas, algunas de las cuales incluso siguen existiendo hoy en día. Una de las más influyentes fue la Sociedad Teosófica, fundada en 1875 en Estados Unidos, pero que pronto se asentó en Europa y en Asia, especialmente en India, y cuyos afiliados se contaban por decenas de miles, entre ellos numerosas personalidades destacadas del mundo de la ciencia y la cultura. Entre las de carácter iniciático y secreto sobresalió la Orden Hermética de la Golden Dawn, establecida en Londres en 1882 (véase a este respecto los estudios patrocinados por la European Society for the Study of Western Esotericism radicada en la Universidad de Amsterdam, <https://www.esswe.org/>). A ello hay que unir un fenómeno cultural propio del siglo XIX, el espiritualismo, o trascendentalismo, la creencia en la supervivencia del alma después de la muerte y la posibilidad de establecer comunicación con los espíritus descarnados (A. Müllberger (ed.) *Los límites de la Ciencia*. CSIC, 2016), para cuyo estudio científico se fundó en Londres, en 1888, la Sociedad para la Investigación Psíquica. Entre sus miembros se encontraban varios premios Nobel: Marie Curie, Lord Rayleigh, William Ramsey y Joseph J. Thompson, y personalidades de la talla de William James, William Crookes o Oliver Lodge, por mencionar solo aquellos relacionados con la investigación científica, pero se podrían añadir numerosos artistas y escritores de primera fila.

Como vemos, el objetivo de Redgrove de construir con la fundación de la Alchemical Society un lugar de encuentro entre ciencia y la alquimia tradicional no constituía, en aquel momento, sino una expresión restringida al ámbito de la alquimia de un movimiento mucho más amplio de acercamiento entre las tradiciones esotéricas y herméticas milenarias y la ciencia moderna, lo que dice mucho de la libertad de pensamiento, amplitud de miras y honradez intelectual de los científicos que lo protagonizaron.

En función de su naturaleza dual, las filas de la Alchemical Society, siempre magras, se nutrieron tanto de científicos como de personalidades interesadas en el esoterismo, estas últimas más numerosas. En la primera reunión de la Sociedad, celebrada el 10 de enero de 1913, fue elegido presidente honorario John Ferguson, miembro de la Chemical Society, catedrático de Química de la Universidad de Glasgow y con una importante labor en la historia de la química y la alquimia, mientras que uno de los vicepresidentes honorarios fue Arthur Edward Waite (1857-1942), autor muy prolífico y probablemente el estudioso del esoterismo más destacado de la época. La Sociedad editó una revista mensual, el *Journal of the Alchemical Society*, que recogía los informes de los órganos directivos, reseñas de libros y revistas, anuncios y notas relacionados con su objeto de estudio, y sobre todo las conferencias presentadas ante la sociedad y las discusiones que suscitaban. Muchas de ellas siguen teniendo valor como investigaciones originales, y todas lo tienen como documentos esenciales para el estudio de la historia de la alquimia en el siglo XX. Las reuniones y publicaciones de la sociedad eran anunciadas y reseñadas en importantes revistas científicas, como *Nature* y

Chemical News, al mismo nivel que las de otras sociedades científicas, y también lo eran en medios esotéricos, como *The Occult Review*. Sin embargo, la tirada de esa revista fue siempre pequeña, y solo un puñado de bibliotecas de investigación de todo el mundo poseen una colección completa, generalmente encuadrada en tres volúmenes correspondientes a cada uno de los tres años de su efímera existencia, 1913, 1914 y 1915, lo que sin duda ha dificultado su estudio. Este libro viene a poner fin a esa situación, al reunir por primera vez desde la desaparición de la Sociedad y en un único volumen, el contenido de todos los números de la revista, acompañado por una introducción histórica a cargo del editor, biografías de todos los autores de la revista y una bibliografía de sus obras más relevantes, además de trece interesantes ilustraciones.

El último número de la revista se publicó en septiembre de 1915, y al mes siguiente la Sociedad dejó de existir. El propio Redgrove atribuyó años más tarde su desaparición al estallido de la Primera Guerra Mundial, pero sus causas, que ya se manifestaban antes del inicio de las hostilidades, son más profundas y tienen que ver con su escaso número de miembros. A partir del importe de la cuota y los ingresos por este concepto, aquellos pueden estimarse en unos 48 en mayo de 1913, una cifra que solo se incrementó en una o dos personas en mayo de 1914, antes por lo tanto del inicio de la guerra, para disminuir hasta 38 un año después, lo que la convertía en insostenible desde el punto de vista financiero. Los informes de la junta directiva insistían reiteradamente en la necesidad de incrementar el número de socios para garantizar la supervivencia de la Sociedad y cumplir con sus objetivos, algo que a todas luces nunca se produjo. Es posible que haya que encontrar la causa de su escaso atractivo no solo en la “escasez de alquimistas en Gran Bretaña”, como apuntaba Waite en 1915, sino sobre todo en la voluntad declarada de la Sociedad desde sus inicios en situarse en un terreno fronterizo entre la química profesional y el esoterismo, con el objetivo de propiciar no solo un diálogo constructivo entre ambos sino favorecer incluso su mutuo acercamiento. Ese llamamiento no encontró respuesta ni desde las filas del esoterismo, probablemente porque consideraban que la Sociedad no estaba suficientemente inclinada hacia sus puntos de vista, ni tampoco desde la comunidad científica en su conjunto, que con toda seguridad recelaba de la apertura intelectual de la Sociedad hacia la cultura esotérica. A pesar de los denodados intentos de Redgrove por lograr una legitimación científica para la Sociedad y sus objetivos, pocos fueron los químicos profesionales que desearon ver su nombre asociado a una organización poblada de ocultistas. La reputación profesional comenzaba a pesar como una losa.

Veinte años después, y en un ambiente que comenzaba a ser también prebélico, se constituía en Londres la Society for the Study of Alchemy and Early Chemistry, que publicó en 1937 el primer número de su revista *Ambix*, que se sigue editando. Pero se trata de una Sociedad sin ninguna relación con la Alchemical Society, dedicada plenamente al estudio de la historia de la alquimia y de la química, cuyo éxito atestigua la existencia de una masa crítica de historiadores de esas disciplinas apenas una generación después de la que vio el final de aquella.

La reedición de esos valiosos documentos de la Alchemical Society no puede ser más bienvenida, asequible además a un coste muy moderado, por todos aquellos interesados en la historia de la alquimia en el siglo XX, pero también por los que desean explorar esos tan fascinantes como incómodos territorios fronterizos entre el conocimiento científico y otras formas de acercamiento al conocimiento de la realidad.

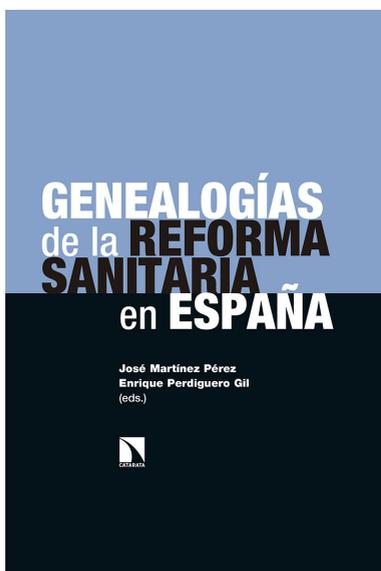
Joaquín Pérez Pariente
jperez @icp.csic.es

Genealogías de la reforma sanitaria en España

JOSÉ MARTÍNEZ-PÉREZ Y ENRIQUE PERDIGUERO-GIL (EDS.)

Madrid, Catarata, 2020, 302 p.

ISBN: 978-84-9097-918-1. Depósito Legal: M-895-2020



Las ciencias de la salud y la vida durante el Franquismo son asuntos que vienen siendo objeto del interés de algunos grupos investigadores durante estos últimos años; mientras que, desde las Universidades de Alcalá y Complutense de Madrid se trabaja en el ámbito de la Biología, la Farmacia y la industria farmacéutica, compañeros de otras universidades (Miguel Hernández, Castilla - La Mancha, Rovira i Virgili o Alcalá) lo vienen haciendo, con profundidad y acierto, en lo tocante a la Sanidad, las políticas de salud y sus profesionales implicados. Este libro recoge algunos de los resultados de este último grupo investigador, en concreto los marcados en el proyecto titulado “Del Seguro Obligatorio de Enfermedad a la protección de la salud: hacia una nueva cultura de la salud en el Tardofranquismo y la Transición Democrática” (HAR 2015-64150-C2-1-P [MINECO/FEDER, UE]), financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad y por la Unión Europea a través del

Fondo Europeo de Desarrollo Regional (FEDER), trabajos que fueron presentados en unas jornadas monográficas celebradas en la Escuela de Salud Pública de Menorca, durante el mes de septiembre de 2018.

Los editores de esta monografía, José Martínez-Pérez y Enrique Perdiguero-Gil, establecen en el capítulo introductorio los objetivos marcados para este libro colectivo, en el que participan algunos de los miembros del grupo investigador implicado: “La labor de analizar